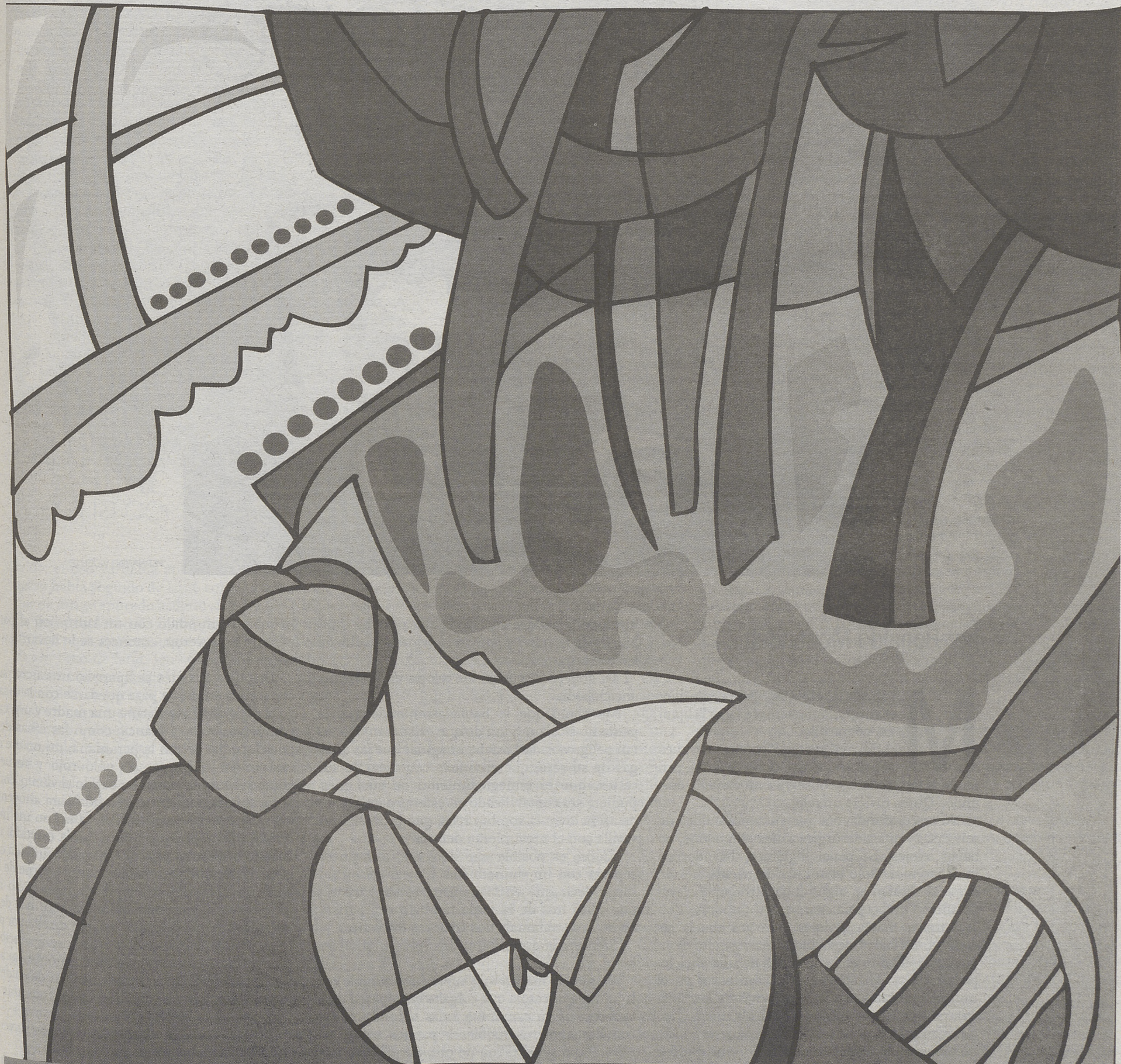


la Revista

para leer en verano

Domingo 17 de agosto de 2003



RELATO / 4 Y 5

DE CUENTO / PÁGS. CENTRALES

RELATO / 12 Y 13



Gonzalo Calcedo
El hombre ilustrado

“A él le sorprendió aquella repentina frivolidad, pero aceptó. Rita le dijo a su padre que no se moviese del banco”



Isidoro Calzada
Rodrigo de Cepeda y Las rojas linternas de Huecuvu

Las aventuras del hermano de Santa Teresa en el Nuevo Mundo



Juan José Millás
Viaje a ninguna parte

“La situación es completamente fantástica, de acuerdo, pero conserve la serenidad, no se asuste, y ahora abra la nevera”

RELATOS DE
VERANO

Ésta es una historia de amor y muerte. Nos la cuenta un joven que habla de su extraordinaria abuela, de las cosas que hacían juntos, como buscar setas en un bosque de abedules un par de veces por semana sin dirigirse jamás la palabra y, sobre todo, del gran amor de ella, que fue un polaco que había traicionado a sus compatriotas para sumarse al Tercer Reich y que un día se marchó. Por su causa ella murió.

De modo que esto
es la muerte

FERNANDO VICENTE

por Ronaldo Menéndez

Mi abuela, a orillas del Báltico, me dijo: -Es importante siempre saber la hora. Luego me dijo: -Mira esa gaviota. Y un mes después volvió con el asunto de la hora, mirando la tarde como se observa a un elefante dormido: -Quién tuviera un reloj.

No era profunda, era que en aquella aldea de seis casas y una siderúrgica a diez kilómetros, no había relojes. Ni papel higiénico. Ni adornos transparentes. Sólo el sonido del viento helado como si alguien en algún lugar distante y elevado afinara una eterna cítara.

Tampoco había gaviotas, pero mi abuela las conocía, las había descubierto navegando siempre hacia el oeste en las páginas de una enciclopedia polaca. Mi abuela era el único ser en el mundo que sabía el polaco, además de los polacos, pero esto es otra historia. O es la misma historia: su primer amor, y sospecho que el único, no tuvo nada que ver con mi abuelo, sino que fue un polaco que había traicionado a sus compatriotas para aliarse al Tercer Reich, y que llegó

huyendo a la aldea cuando la aldea estaba cambiando de nombre y ponían la primera piedra de la siderúrgica.

Mi abuela descubrió los relojes en la misma enciclopedia.

Me contó que le había asombrado que la gente no se asombrara de que existieran objetos tan peligrosos. Le costaba imaginar que las arrugas de su cara, que el avance cauteloso de sus caries, que el ennegrecimiento de sus uñas, pudiera ser contabilizado en esferas o en granos de arena o en la sombra recta que proyecta una varilla con el movimiento del sol.

-Cómo es posible -me dijo- que uno pueda separar con un número una tristeza de otra, y luego decir que en la mañana estabas triste y que a las tres de la tarde también estás triste, como si se tratara de dos tristezas diferentes.

Siempre le asombraron los relojes. Mi abuela.

Mi abuelo mató a mi abuela disparándole con la antigua tercerola que colgaba en la pared de la cabecera de su cama. Las balas redondas abrieron dos agujeros visibles y parejos sobre sus ojos, como si se tratara de otro par de ojos más reales y definitivos, mitad asombrados y mitad enrojecidos a causa de una mala noche. Dijo que

la había confundido con un ladrón en el patio, pero no le creyeron, entonces se lo llevaron y no regresó nunca.

Dos días después se apareció una ucraniana convertida en mi tía para quedarse con la casa, y yo la obligué a inventarme una madre y una casa con perros y cerca blanca, como las casas de la enciclopedia. Según la ucraniana, mi madre era una mujer hermosa, de pelo rojo y revuelto como si siempre estuviera batido al viento, como si fuese una hoguera encendida para ahuyentar los malos pensamientos. Pero a mí no me interesaba mi madre que nunca había existido, me daba lo mismo su pelo que su panza inflada que el hecho de que perteneciera a esa estirpe de las vírgenes que sólo procrean vírgenes. Sólo me interesaban las piernas redondas y firmes de la ucraniana. Y me desnudé delante de ella por primera vez. O, para ser exacto, ella se apareció el primer día y con desenvoltura llenó de agua la tina de madera, luego hirvió otro par de baldes y templó el agua, y puso jabón negro mientras en la cocina se calentaba el samovar.

-Sergio -me dijo en su acento bruto-, a ver si me ayudas con el baño.

Yo me quedé paralizado y mientras el samovar se seguía calentando, ella me dijo:

-Dale, para que estés listo junto con el té. Entonces, al ver que yo seguía pegado a la pared, la pared posterior del único cuarto, la pared de mi cama estrecha que era contraria a la pared de la cama de la ucraniana que se había convertido en mi tía, al verme metiéndome dentro de la pared, se acercó y, sin que yo pudiera ver sus manos de tejedora, me zafó el hilo de la bata cenicienta y jaló el calzoncillo que me apre-

“ Mi abuela era el único ser en el mundo que sabía el polaco, además de los polacos, pero esto es otra historia. ”

taba sobre los tobillos, y antes de que yo terminara de respirar se dio media vuelta y fue a preparar el té.

Cuando regresó yo ya estaba en la tina, pero como había una sola habitación y el agua se helaba con la misma velocidad con que según mi abuela las gaviotas serían capaces de atravesar el Báltico, tuve que salir chorreando y observar sus ojos que me observaban sin verme.

Pero entonces no pude seguir deseándola porque constantemente me venía a la mente la imagen de los ojos de mi abuela, y antes de sus ojos estaba el bosque de abedules donde un par de veces por semana nos hundíamos en silencio, en busca de setas, y era tanto el silencio que uno podía escuchar la respiración de los abedules, el tropel de las hormigas, el crujir de los dientes de un número limitado de ardillas que en aquel entonces me parecía infinito. Mi abuela y yo jamás hablamos una sola palabra en el bosque de abedules, y tampoco hablamos luego de por qué no hablábamos en el bosque. Sólo nos buscábamos con la vista cuando alguno descubría una colonia de setas, y bastaba que entre los dos se tensara un puente para seguir adelante. Ni siquiera hablamos cuando una vez se apareció un oso enorme. Yo estaba de pie y mi abuela se agachaba a unos metros, frente a mí, entonces lo vi acercarse con paso de oso, recuerdo sus uñas, sus pelos apelmazados como los de un jamaiquino, su mirada secreta y brillante. Quise gritar, pero no dije nada. Quise hacerle señas a mi abuela, pero también supe que estaba ocurriendo una inefable confabulación, la convergencia de tres vértices donde todo ya había ocu-

de ese instante estuve convencido de que había matado a mi abuelo. Al día siguiente, cuando se lo llevaron porque no le creyeron una sola palabra, registré en el baúl de mi abuela y descubrí un retrato de su amor polaco.

El amor de mi abuela y el traidor polaco era parecido al vapor que salía de entre el bosque de abedules en los pocos días en que el verano era cierto. Era un amor escalera, un amor pañuelo agitado en la distancia, un amortajado, oculto, recóndito, inimaginable para el resto del mundo, y yo no era la excepción. Pero aquel día en que descubrí el retrato del polaco, también descubrí en el reverso, más pequeña y tolerada por el tiempo, la nítida imagen de una mujer cuyos ojos eran mis ojos. Entonces comencé a hilvanar la infinita historia del polaco.

Lo imagino pendiente de una taza de té, por dos sencillas razones: cuando mi abuela le alcanza la taza él logra rozar con sus dedos índice y del medio el anular y el meñique de mi abuela; pero, sobre todo, logra ver el reflejo dorado de mi abuela en la superficie del líquido desde un ángulo en el que nadie la ha visto ni soñado jamás. Tres días hacia adelante en la misma dirección, el ángulo se repite cuando el joven soldado polaco que había traicionado a sus compatriotas para unirse al Tercer Reich, se desnuda, cae en la cama, y deja que mi abuela, también desnuda como una hoja batida por el viento, flote, se le encarama encima y le haga el amor limpiamente. Creer que la noche es una planicie en este caso es tan disparatado como considerarla un agujero negro. La noche, entre el amor que hacían mi abuela y el polaco, era

“ También faltaban mi abuelo y mi abuela. Pero mi abuelo regresó al cabo de dos minutos, y sin decir nada fue a la cocina y puso a calentar agua. ”

rrido, el oso ya había aplastado a mi abuela, o acaso había seguido de largo como el transeúnte que se dirige apurado a algún sitio. Aquello estaba irreversiblemente instalado en otro tiempo, de modo que no tenía lugar mover un solo dedo. El oso pasó de largo tan convertido en sombra, tan abismado en la paz de su raza, que mi abuela terminó de recoger sus setas, me miró como de costumbre y seguimos adelante.

Pero mi abuelo mató a mi abuela una noche innegable. Las cosas ocurrieron de la manera más natural. Lo primero fue el disparo doble de la tercerola, lo segundo mis pies descalzos en el piso helado de la única habitación. Lo tercero fue una vela y constatar súbitamente que faltaba la tercerola. También faltaban mi abuelo y mi abuela. Pero mi abuelo regresó al cabo de dos minutos, y sin decir nada fue a la cocina y puso a calentar agua en el samovar. Luego me brindó té y trató de explicarme que había ocurrido algo terrible, pero yo ya sabía. Y aunque yo ya sabía, eso no impidió que tratara de arrebatarle la tercerola, con toda naturalidad, para intentar dispararle lo más cerca posible de su cara blanca como la leche. Y logré arrebatarle la tercerola, e incluso logré dispararle tan cerca de la nariz, tan pleno en el rostro, que hubiera sido una tortilla reventándose de no ser por el hecho natural de que el arma no estaba cargada. No obstante, mi disparo fue tan deseado y profundo, que a partir

una planicie y también un agujero negro, pero primero venía el agujero, vertical y sin fondo, y en el fondo aparecía la planicie. Lo curioso era que ninguna de las dos cosas podían reconocerse a simple vista, pues mi abuela y el polaco tenían cerrados los ojos porque estaban mirando hacia otra parte; mucho menos podían escucharse a simple oído, ya que el polaco y mi abuela, mientras hacían el amor, se decían suavemente que se amaban. Mi abuela no tenía una boca, ese tajo horizontal por donde hablamos y tragamos el resto de los mortales, acostumbrados a reiterar desdenes y sonrisas desde la infancia hasta acatar esa forma definitiva que llaman boca. No, no era una boca la de mi abuela, no era una convergencia de carne separada que podía ser suprimida sin que el resto del mundo se diera cuenta. Si la boca de mi abuela se hubiera cerrado de golpe y definitivamente, con toda seguridad el cuerpo del polaco iba a morir de tristeza, pues su cuerpo había crecido para ser explorado por esa boca, y también era la única justificación para que la boca de mi abuela siguiera existiendo. Pero las manos del polaco no tenían tatuados los accidentes del cuerpo de mi abuela, ni siquiera sus pechos de lunares y nata. Las manos del polaco nunca antes tuvieron piel, hasta que reconocieron y empezaron a usar la piel del cuerpo de mi abuela. Lo mismo les ocurrió con el sudor, pues de un día para otro se

RONALDO MENÉNDEZ



Nació en La Habana en 1970

BIOGRAFÍA

Ronaldo Menéndez es licenciado en Historia del Arte. Su obra narrativa consta de los libros de relatos *El derecho al pataleo de los ahorcados* (Premio Casa de las Américas de Cuba; 1999, Lengua de Trapo), *Alguien se va lamiendo todo* (1997; Premio David) e *Hipocampos* (1997), y de las novelas *La piel de Inesa* (Premio Lengua de Trapo de Narrativa 1999) y *De modo que esto es la muerte* (Lengua de Trapo 2002). Sus narraciones han aparecido en numerosas antologías de Cuba, México, Venezuela, España, Argentina, Colombia y Francia, entre ellas, la señora de los nuevos narradores hispanoamericanos: *Líneas aéreas* (Lengua de Trapo, 1999). Colabora como crítico literario y de arte con las principales revistas especializadas cubanas, y como columnista en el diario *El Comercio de Lima*, ciudad peruana en la que actualmente reside, y en cuya Universidad de Ciencias Aplicadas ejerce de profesor de Periodismo.

pusieron a sudar juntos aunque estuviera cada uno por su lado, de tal manera que entre sus poros se establecía una extraña circulación, un entra y sale de líquido más poderoso que el tropel con que circulaba la sangre de cada uno.

Pero el polaco un día se marchó y mi abuela quedó suspendida en el tiempo, devuelta al tiempo como si al redondo rostro de la tierra alguien le hubiera dado una colosal bofetada. Así quedó mi abuela a orillas del Báltico, a orillas del bosque de abedules, a orillas del oso, a orillas de la casa y al centro de la cama de mi abuelo con quien se juntó de un día para otro. Nueve meses después nació la mujer del retrato cuyos ojos eran mis ojos, cuya imagen, por alguna razón, permanecía unida en imagen a la foto del polaco, como si hubieran estado unidos siempre. Acaso mi abuela lo dejó así para que su marido diera con la respuesta. Creo que quería quedarse sola, pero nunca se le ocurrió pensar que de algún modo aquello era la muerte.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

- Cítara:** Instrumento musical antiguo semejante a la lira, pero con caja de resonancia de madera. Modernamente esta caja tiene forma trapezoidal y el número de cuerdas varía de veinte a treinta. Se toca con púa.
- Tercerola:** Arma de fuego usada por la caballería, que es un tercio más corta que la carabina.
- Tina:** Pila que sirve para bañarse todo el cuerpo o parte del él.
- Samovar:** Recipiente de origen ruso, provisto de un tubo interior donde se ponen carbones, que se usa para calentar el agua del té.
- Zafar:** En el texto, soltar o desatar algo.
- Jalar:** En algunos países americanos, tirar hacia sí de algo.
- Abedul:** Árbol de unos diez metros de altura con hojas pequeñas, y dispuestas en ramilletes colgantes con una copa de figura irregular que da poca sombra. Abunda en los montes de Europa, y su corteza, que contiene un aceite esencial, se usa para curtir y aromatizar la piel de Rusia.
- Tropel:** Muchedumbre que se mueve en desorden ruidoso. En tropel: con movimiento acelerado y violento.
- Inefable:** Que no se puede explicar con palabras.
- Planicie:** Terreno llano de alguna extensión.
- Agujero negro:** Lugar invisible del espacio cósmico que, según la teoría de la relatividad, absorbe por completo cualquier materia o energía situada en su campo gravitatorio.

Campaña

Lee en verano

Del 1 de julio al 31 de agosto

Lugares de lectura

Piscinas Ciudad Deportiva Sur Piscinas del Casino abulense Jardín del Recreo Jardín de San Antonio
Zona de Juegos de Avda. Juan Pablo II

Horarios: Piscinas de 12 a 14 h. y de 16 a 20 h. -Excepto los lunes-

Jardines: lunes a sábados de 11,30 a 14 h. y de 17 a 21 h. De lunes a viernes



Ayuntamiento de Ávila
Concejalía de Cultura

RELATOS DE
VERANO

Un asilo de ancianos es el lugar elegido por Gonzalo Calcedo para situar la acción de su relato. Hasta allí se desplazan Rita y su marido Isaac para hacer la acostumbrada y cada vez menos apetecible visita al padre de ella. En esta ocasión, la monotonía de siempre se ve alterada, ya que se celebra el aniversario de la institución. La pareja se dispone a bailar, pero no siempre lo harán juntos.

El hombre
ilustrado

por Gonzalo Calcedo

Los martes por la tarde iban al asilo. Si llovía, la visita solía ser escueta, con el aire de un interrogatorio policial, pero los días soleados el paso de las horas tenía otra consonancia y hasta los enfermeros estaban de buen humor. El padre de Rita llevaba internado allí siete años y ya no reconocía a su hija.

-Piensa que soy de otro planeta -contaba ella a Isaac.

El coche de Isaac era muy antiguo y subía la cuesta del asilo con dificultad. Según ascendían, Medana iba encogiéndose en su valle y el paisaje de colinas emergía a su alrededor; la ciudad parecía levantada en un pliegue de carne, una superficie palpitante y viva capaz, en un momento de cólera, de sacudirse de encima las ristas de edificios.

Rita solía llevar revistas deportivas a su padre. Al principio procuraba que fuesen de fechas recientes, pero pronto comprendió que ese pequeño esfuerzo era inútil, y empezó a llevarle números atrasados y repetidos. También le proporcionaba ropa nueva bastante cara y daba propinas a los enfermeros de cada turno para que conversasen con él.

Aquel martes no prometía nada diferente.

-Estoy deseando volver a casa. De verdad, no te miento. Es mi padre, pero no me apetece venir aquí.

Llevaba casada con Isaac cinco años y él la había acompañado siempre.

El coche hizo un esfuerzo final, despidió la cuesta con un estertor de su tubo de escape y se deslizó con falso desahogo hacia la explanada del aparcamiento. Había más coches que otras veces y tuvieron que buscar sitio. Sonaba música.

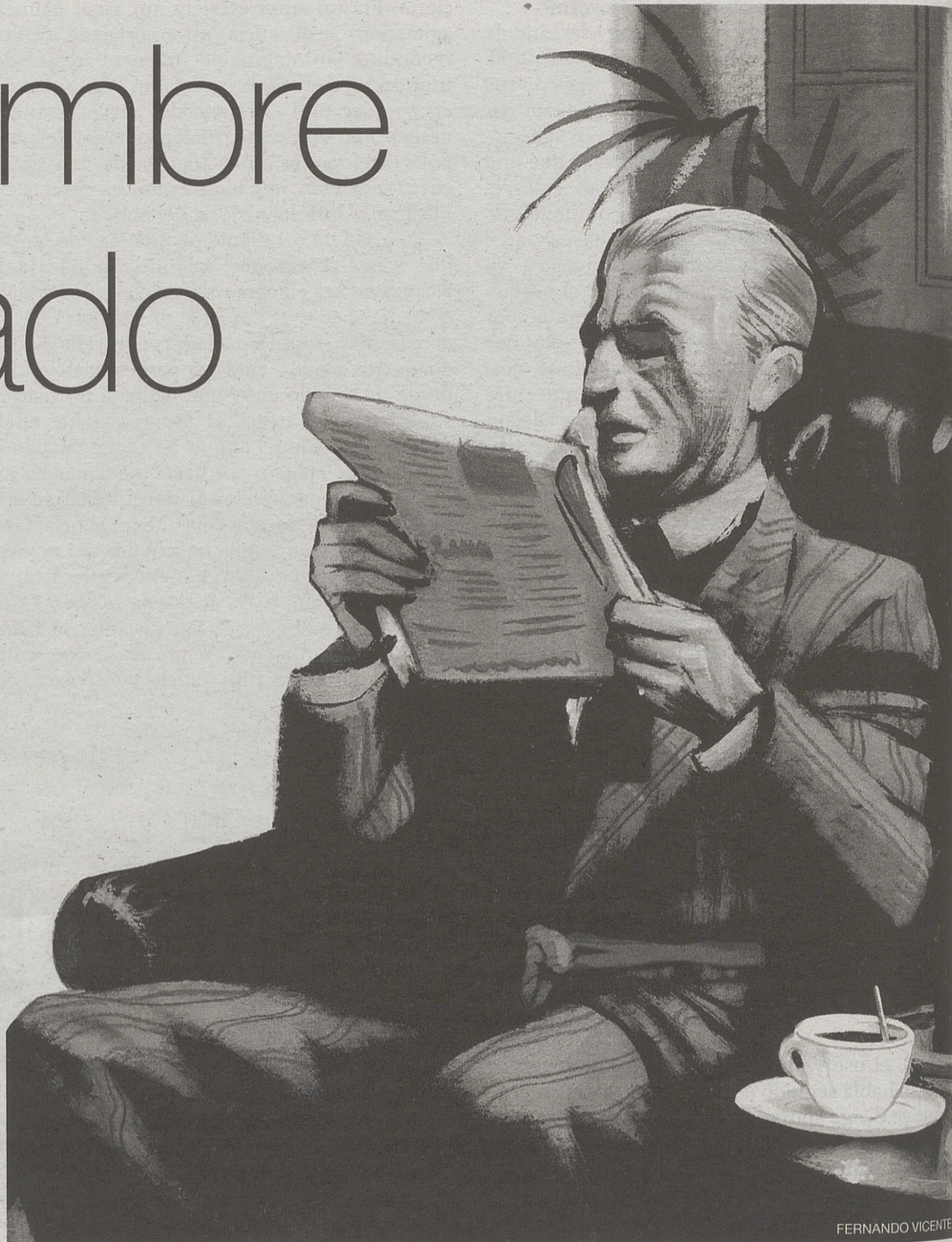
-Parece que hay una fiesta -dijo Rita. Se colgó del brazo la bolsa de viaje con la ropa y las revistas y echó a andar.

Isaac la alcanzó ya en la valla. El guarda les recibió anunciándoles que la fiesta se debía al aniversario de la institución. La nueva directora había decidido empezar a celebrar ese día.

-Estoy segura de que malgastará a conciencia nuestras aportaciones -comentó Rita a Isaac mientras se alejaban.

A él le molestó que un comentario dirigido sólo a él fuese en realidad una declaración en voz alta, pero optó por no replicar.

-Subirán las tarifas, seguro.



FERNANDO VICENTE

-Sólo es una fiesta -se quejó protegiendo su aterciopelada normalidad. Había conseguido acostumbrarse a aquellas visitas, que ya formaban parte de su relación con Rita y los demás.

Vieron una tarima con una pequeña banda reunida en torno a un piano eléctrico. Los músicos vestían trajes de lamé. Eran cuatro, con aspecto de hombres casados, probablemente empleados de banco o dueños de un pequeño negocio, que tocaban por diversión. Una chica con falda corta entonaba las letras. Rita se burló de su énfasis al bailar.

-¿No se da cuenta de que está actuando delante de personas enfermas?

Buscó a su padre con la mirada, segura de encontrarle en su banco preferido. Se sentó a su lado, abrió la bolsa de viaje, sacó un fajo de revistas y se las puso sobre las piernas.

-También te he traído unos dulces, pero no voy a dártelos ahora.

El hombre tenía la mirada fija en la parca grava del suelo. Isaac, a unos pasos, observaba la

escena. Era como si estuviesen en un parque. El padre de Rita manoseó las revistas un rato y luego las dejó a un lado. Se secó el sudor de las manos en el pantalón. Tenía setenta años, pero aparentaba ochenta y tantos, era como si ya no pudiese arrugarse y envejecer más. Isaac recordó cómo era su padre cuando tenía esa edad, un hombre aún jovial, dispuesto a ayudar. Miró a Rita preguntándose qué sentiría ella a esas alturas. Rita llevaba el ritmo de la música con el pie y apretaba la mano izquierda de su padre, pero el viejo no parecía participar de aquel contacto.

Al rato se acercó un enfermero al que conocían y que se hizo cargo de la bolsa con la ropa limpia.

-¿No les gusta la fiesta? Hemos instalado un bar para los familiares. Tienen que dar la vuelta al patio.

-¿Podemos ir, Isaac?

A él le sorprendió aquella repentina frivolidad, pero aceptó. Rita le dijo a su padre que no se moviese del banco y se colgó del brazo de Isaac.

-Volvemos ahora mismo, papá. Vamos -dijo a Isaac-, creo que nos hemos ganado un poco de diversión.

Saludaron a otros familiares que conocían y se acercaron al bar. Había un camarero vestido como un barman de hotel que les sirvió vodka con zumo de naranja en vasos de plástico. Rita

“ A él le sorprendió aquella repentina frivolidad, pero aceptó. Rita le dijo a su padre que no se moviese del banco y se fue con Isaac. ”

“ Enseguida pareció que la fiesta pertenecía a otro mundo, un vecindario loco y feliz que aprovechaba cada día para divertirse. ”

probó la bebida y se puso a tararear la canción. Hacía buena tarde, a pesar del telón de nubes.

-¿Bailamos?

Isaac inspeccionó la pista de baile. Había ancianos bailando en parejas y jovencitos que habían venido a visitar a sus abuelos y bailaban con el personal del asilo. La dirección ocupaba una mesa presidencial cubierta con un mantel rojo con adornos dorados. Había una urna para recoger fondos para la institución.

-Hacia años que no me divertía tanto -dijo Rita-. ¿Por qué estás tan serio?

-Sabes que detesto bailar.

-Pero lo estás haciendo por mí, ¿verdad? -más que una pregunta, pareció la confirmación de una falsedad.

-Creo que sí.

-Te lo agradezco.

Isaac sonrió, pero no se sentía tranquilo. En un momento dado hubo un cambio de parejas incontrolable y él se quedó solo mientras Rita bailaba con un desconocido. Debía de ser un tipo muy gracioso porque ella empezó a reírse. Isaac se dejó llevar por su negligencia habitual hacia todos los asuntos ajenos a su felicidad. Se escabulló fuera de la pista y ocupó una silla plegable que encontró libre. Estaba atardecido apaciblemente. Se encendieron unos farolillos de papel, hasta entonces casi ignorados, y la música cambió de ritmo. Ahora Rita y el desconocido bailaban en el otro extremo de la pista,

perturbarle más. Había oído el motor de algunos coches que partían y comprobó que quedaban pocos visitantes en la fiesta. El camarero recogía las botellas aprovechables de la barra. Vio a varios enfermeros plegando las sillas. Se puso nervioso, pero preguntar por Rita a cualquiera de ellos le resultaba violento. Todos los demás huían. Finalmente se decidió.

El enfermero al que se había dirigido preguntó a un compañero si había visto a la hija del hombre de las revistas.

-No -dijo el otro-. ¿Vino hoy con usted? -Por supuesto -Isaac lo afirmó de una forma que podía ponerle en evidencia.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de complicidad.

-Quizás esté dentro -dijo uno de ellos-. Algunos invitados quieren que la fiesta siga allí.

Isaac pasó al vestíbulo del edificio. Al asomarse a uno de los salones vio a media docena de abuelos bailando sin música. Miró en los lavabos y luego en los despachos de la recepción. Rita tampoco estaba allí. Se dirigió a la salida y entonces, oyó su risa; el hombre con el que había bailado acababa de abrirla la puerta de entrada cortésmente y ella le correspondía con una sonrisa. Al ver a Isaac su rostro sufrió un momentáneo colapso.

-Estábamos buscándote. Isaac, éste es el doctor Vollander.

-Encantado -dijo el doctor Vollander.

“ Isaac pasó al vestíbulo del edificio. Al asomarse a uno de los salones vio a media docena de abuelos bailando sin música. Miró en los lavabos. ”

pero Isaac no consideró que se tratase de una maniobra amorosa.

Al cabo de un rato se alejó de allí para dar un paseo por los jardines. Enseguida pareció que la fiesta pertenecía a otro mundo, un vecindario loco y feliz que aprovechaba cada día para divertirse. El aire traía el enfático sonido de la orquesta interpretando los temas de amor. Isaac vio a varios enfermos sentados en sus bancos, solos, que escuchaban sus propias respiraciones; una mujer joven se esforzaba por charlar con un anciano de cabello largo. Isaac pasó junto a ellos y percibió, como si fuese un aroma, la hermética desesperación de la muchacha.

Cuando regresó a las proximidades de la fiesta, lo primero que hizo fue dirigirse al banco del padre de Rita, suponiendo que iba a encontrarla allí, nerviosa por su tardanza. El anciano estaba solo; aunque no había luz suficiente, fingía leer un periódico. Alzó la mirada al oír a Isaac y abrazó las revistas. Isaac pasó de largo para no

Isaac le estrechó la mano. El doctor Vollander se disculpó de repente, dejándolos solos en el vestíbulo. Uno de los enfermeros pasó junto a ellos llevando del brazo al padre de Rita; ella ni se inmutó.

-Sé lo que estás pensando -dijo a Isaac.

-Estoy algo confundido -admitió él.

-Será mejor que volvamos a casa.

-Desde luego.

Al salir, Isaac recogió de la escalinata una de las revistas que habían traído al anciano. Ella consideró aquello como un exceso de pulcritud, negando cualquier valor sentimental al detalle. Caminaba delante de Isaac con un furioso taconeo. Subieron al coche y antes de que él arrancase, ella le dijo que estaba deshecha.

-Esta situación empieza a afectarme demasiado.

-Entiendo.

-No lo entiendes. No es tu padre.

Aun así, Isaac asintió. La brisa acunaba los

GONZALO CALCEDO



Nació en Palencia en 1961.

BIOGRAFÍA

Desde 1995 la actividad literaria de Gonzalo Calcedo ha obtenido el reconocimiento en diversos certámenes, entre los que destacan el Premio José Hierro y el Premio especial del jurado en la primera edición del Concurso de Cuentos Antonio Gala. Su trayectoria literaria mantiene una escrupulosa fidelidad al relato. Así, a *Esperando al enemigo*, finalista en 1995 en el II Premio Nuevos Narradores, le han seguido *Otras geografías* (Premio NH al mejor libro inédito en 1997), *Liturgia de los ahogados* (Premio Alfonso Grosso en 1988). También ha escrito *La madurez de las nubes* y *Apuntes al natural* (2002). Asimismo, su obra ha sido incluida en diferentes antologías canónicas del género y ha recibido encendidos elogios de insignes cuentistas como Quim Monzó, Sergi Pàmies y Jordi Puní.

farolillos de la pista de baile.

-Odio este lugar -siguió ella-. Ojalá no tuviésemos que volver nunca.

Él volvió a asentir. Al agacharse para recoger la revista, la misma brisa que movía los farolillos había pasado algunas páginas al azar, e Isaac había creído leer un mensaje conciliador al correr de las letras. Perdonó a Rita con su habitual parsimonia, con sordina, sin destacar esto o aquello, sin inmiscuirse en realidad.

-No tienes que preocuparte -susurró-. Estamos juntos.

Los farolillos se apagaron al unísono y el asilo recuperó su imagen recia, nocturna, sin fisuras que fuesen un resquicio para la felicidad.

-Se ha hecho un poco tarde -comentó él-. Yo sólo quería bailar -dijo ella.

DICCIONARIO SIN LEVANTARSE

Escueta: Sin adornos, seca, estricta.

Consonancia: En el texto, relación de igualdad o conformidad que tienen algunas cosas entre sí.

Ristras: Coloquialmente, conjunto de ciertas cosas colocadas unas tras otras.

Estertor: Se emplea en sentido figurado. Es la respiración anhelosa, generalmente ronca o silbante, propia de la agonía y el coma. También, es el ruido de burbuja que se produce en ciertas enfermedades del aparato respiratorio y se percibe por la auscultación.

Lamé: Tela tejida con hilos brillantes, especialmente de color oro o plata.

Parca: Corta, escasa o moderada en el uso o concisión de las cosas.

Grava: Conjunto de piedras lisas y pequeñas. También, piedra machacada con que se cubre y allana el piso de los caminos.

Barman: Encargado de servir o preparar bebidas alcohólicas en la barra de un bar.

Negligencia: Descuido, falta de cuidado, falta de aplicación.

Escabullirse: Dicho de una persona, apartarse, sin que de momento se note, de la compañía en que estaba.

Enfático: Que denota fuerza de expresión o de entonación con que se quiere realzar la importancia de lo que se dice o se lee.

Colapso: Destrucción, ruina de una institución, sistema, estructura, etc.

Parsimonia: Lentitud y sosiego en el modo de hablar o de obrar; flema, frialdad de ánimo.

Sordina: Silenciosamente, sin estrépito y con disimulo.

Inmiscuirse: Entrometerse, tomar parte de un asunto o negocio, especialmente cuando no hay razón o autoridad para ello.

Campaña

Lee en verano



Ayuntamiento de Ávila
Concejalía de Cultura

RELATOS DE VERANO

No es nada fácil romper la monotonía que domina muchas vidas. Si no que se lo pregunten a Joseph Blick. Un día se da cuenta de que la regularidad de sus hábitos, la cotidiana repetición de unos gestos idénticos, así como el carácter absolutamente predecible del comportamiento, los actos, los humores y las opiniones de su mujer, que siempre le habían producido sensación de seguridad, le son insoportables. Va a intentar cambiar.

Cada día a la misma hora



FERNANDO VICENTE

por Mercedes Abad

Tal y como invariablemente sucedía cada mañana, Joseph Blick se despertó a las siete menos cinco. El despertador no sonaría hasta las siete en punto y, como cada día, su mujer estaba levantada ya cuando él se despertó; de hecho, Gladys siempre se despertaba exactamente a las siete menos cuarto y abandonaba la cama unos tres o cuatro minutos más tarde, cuando las manecillas del reloj no seña-

laban todavía las siete menos diez. Ninguno de los dos había necesitado nunca oír el timbre del despertador, pese a lo cual todas las noches programaban el artefacto de forma que sonara a las siete en punto, por si acaso.

Hasta hacía muy poco tiempo, Joseph Blick había admirado la matemática precisión de sus cuerpos como el propietario de un electrodoméstico se felicita por el perfecto funcionamiento del aparato. Esa regularidad en sus hábitos, esa cotidiana repetición de unos gestos idénticos, así como el carácter absolutamente predecible del comportamiento, los actos, los humo-

res y las opiniones de su mujer, le había producido siempre una agradable sensación de seguridad. En realidad, la inexistente capacidad de sorpresa de Gladys, su apego a ciertas tradiciones y rutinas, había sido el principal motivo por el que treinta años atrás le había pedido que se casara con él.

Pero, de un tiempo a esta parte, lo que tanta tranquilidad y tanta satisfacción le proporcionaba antes había empezado a tornarse vagamente opresivo. No lograba explicarse el fenómeno, tan misterioso como irritante, ni determinar el día preciso, el momento exacto, en que tuvo por vez primera esa sensación. Sólo recordaba que una mañana, de repente, le pareció intolerablemente ridículo que su mujer y él siguieran poniendo cada noche el despertador cuando no necesitaban de sus servicios. Se sintió exasperado, y también culpable por sentirse exasperado. Desde luego, no se atrevió a hacerle a Gladys el menor comentario.

Luego, otro día, sintió una invencible irrita-

“ Gladys siempre se despertaba exactamente a las siete menos cuarto y abandonaba la cama unos tres o cuatro minutos más tarde ”